



Versaciones de un chupaplumas

Con su encabezado y su todo de siempre

Página | 1



– Y bien — estaba yo sentado en la mesa de siempre cuando mi amigo entró en el Cofee & shop a grandes zancadas y, a saco, sin preámbulos, en materia apenas nos hubimos saludado preguntando —, ¿has desentrañado el enigma?

– No — Repliqué también sin preámbulos.

– No te creo — Contestó apartando la silla y sentándose.

– Pues es la verdad.

– ¿Toda la verdad? — Encendiendo un cigarrillo.

– Bueno, casi toda...

– O lo has desentrañado o no lo has desentrañado; no caben medias tintas — Soltando una bocanada de humo que ascendió, azulado, en volutas que se fueron agrandan... — ¡Y deja de garabatear gilipolleces! ¿Quieres?

– Está bien — Y dejé el bolígrafo sobre la mesa — Pero, ¿sabes? — Recuerdo que suspiré —: no es tan sencillo.

– Ya sabemos que sencillo no es. Y como no es sencillo no pasa nada por no haberlo desentrañado aun; no es ningún fracaso del que haya que avergonzarse, no tienes por tanto que esconderte tras ningunas estúpidas volutas azuladas que ascenderán, ¡claro que ascenderán!, y se irán agrandando como se agrandan todas las malditas volutas de toda la vida de Dios desde que el mundo es mundo... ¡Joder!

– ¿Pero por qué te enfadas?

– Porque me cabrea que te andes por las ramas, eludiendo la verdad como un cobarde. Porque un escritor no debe ser cobarde nunca, que lo sepas, sino afrontar su obra como se afronta la vida misma, ¿entiendes?, al hilo del instante y no dejando la existencia en punto muerto como si pudiera detenerse el tiempo, a voluntad, en espera de que uno se aclare. El escritor tiene que tirar para adelante, métetelo en la cabeza, y si te equivocas ya está hecho, y todo cuanto puedes hacer es aprovecharte, sacarle partido al error y utilizarlo, como punto de inflexión, como catarsis que te liberará de los miedos que te tienen paralizado... ¿O no te tienen paralizado?

– Sí — Admito.

– ¿Y qué te estoy diciendo que tienes que hacer en tal caso?

– Equivocarme.

– ¡Hombre, tampoco es que haya que tomárselo tan al pie de la... Pero, si tú quieres...

– No sé si quiero. Ni siquiera sé si tú quieres que quiera.

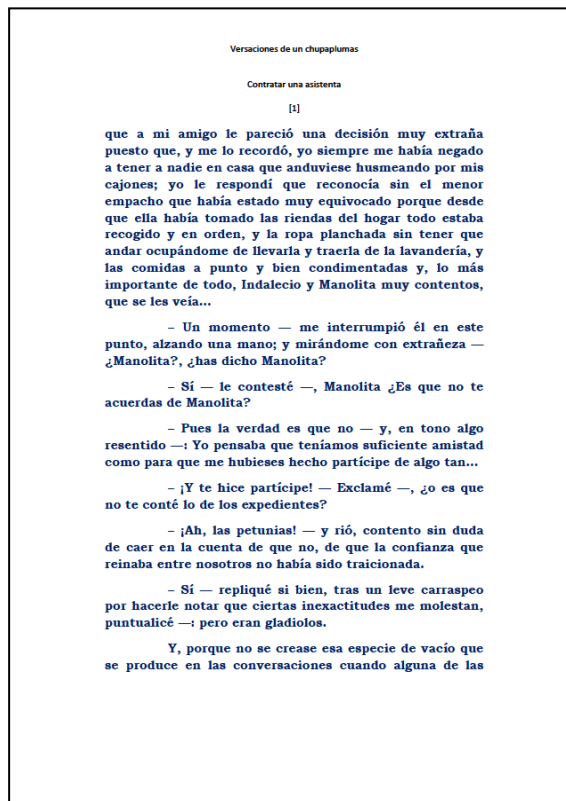
– ¿Te decides o qué?

– De acuerdo — volví a suspirar —: Sí lo he desentrañado.

– ¿Ves cómo cuando se te aprietan las clavijas arrancas?

– Sí. Veo cómo... Y eso es lo que me preocupa porque me doy cuenta, o bueno, fue Lola en realidad quien se...

- ¿Lola?
- Mi asistenta, ¿no te acuerdas?
- No.
- Pero sí, hombre — le digo — la contraté, cuando¹... Lo de Manolita...
- ¿Qué Manolita?
- Hombre, que tienes que acordarte... Ah, ¡aquí está!²:



¹ Rebusco entre los folios mientras hablo.

² Y le muestro la página donde aparece él con mi asistenta y Manolita. (Ver arriba).

– Se dio cuenta, te decía — continué — de que tenía un fallo bastante...

– ¿Manolita?

– No — yo — Lola se dio cuenta de que tenía un fallo bastante... Muy de bulto, muy evidente. Y que por eso no podía..., pues, eso, decírtelo...

– ¿Qué sabrá Lola?

– No sé lo que sabrá. Pero, si no llega a ser por ella...

– Si no llega a ser por ella... ¿Qué?

– Pues que ahora te estaría contando algo increíble.

– ¿Y no me lo vas a contar? ¿No me vas a contar algo increíble sólo porque Lola es, a tu parecer, muy observadora?

– Muy observadora es Manolita. Que lo mira todo con esos ojitos... ¡Pero Lola no es tonta!

– ¡Y qué culpa tendré yo de que Lola no sea tonta!

– No, si culpa no; si ella misma me ha advertido de que la culpa no habría de ser tuya en ningún caso. Es más, en un rasgo de generosidad, se ha ofrecido a que ni siquiera el culpable sea yo y a asumir, ella sola, todo el peso de la culpa.

– ¿Pero es que tiene por fuerza que haber un culpable?

– Pues, tal y como están las cosas, parece que no va a quedarnos más remedio.

– Bueno, tú explícate — se había ido calmando bastante, y su tono ahora me hacía sentir reconfortado — y ya veremos qué es lo que pasa.

Y me coloqué, para él, unos minutos antes de las nueve de la mañana, sentado frente a la mesa de mi despacho, con los folios delante y el post-it encima — que no quise ni tocarlo para no alterar nada³ — en espera de que Lola llegase.

– Tan pronto escuché el repiquetear de sus tacones por el pasillo — le conté, aunque también habría servido que le dijese “tan pronto escuché la llave en la cerradura y cómo a continuación cerraba la puerta”, pero me pareció que como él no conocía a Lola el taconeo (aunque omití añadir “vivo”, vivo repiquetear por no enfadarlo de nuevo y protestara que el repiquetear de unos tacones es vivo siempre o no es repiquetear y que hiciera el jodido favor de no detenerme en chorradas) le daría una imagen más cabal de cómo es su aspecto — le di los buenos días alzando la voz y le pedí que, por favor, viniese al despacho.

– Ah. Ha madrugado — Dijo depositando el bolso sobre uno de los sillones.

– Si, para verla. Necesito que hablemos.

– Y le pedí — le dije a él — que rodeara la mesa y se colocase a mi lado para mirar los folios de frente.

– ¿Los folios? — Dijo él.

³ No descartando, tal vez, la posibilidad que contemplase de cambiar de género caso de que fracasara.

– Sí — dije yo —: unos folios marginales que ya ni sirven ni vienen al caso porque todo se echó a perder.

– ¿Para qué los mencionas si no sirven?

– Bueno, tú me has pedido que me explique y que ya veremos qué es lo que pasa y, además, nunca está de más el conservar todas las pruebas por si...⁴

– Tienes razón — dijo él.

Y que siguiera.

– Y rodeó la mesa — seguí —, y cuando le pregunté que qué significaba aquel post-it...

– ¿Post-it? — Él.

– Sí, esos papelitos adhesivos que suelen ser amarillos.

– No, si ya, pero como no habías hablado antes de ningún post-it...

– Pues porque es la primera vez que te lo cuento, ¿no?

– Sí, claro — Él.

– ¿Qué significa, quiere saber? — Ella.

– ¿De verdad que no lo ve? — Ella otra vez, mirándome con cara de incredulidad.

– No, no lo veo — Yo, a ella; y, a él — no veía nada especial.

⁴ Me callé de golpe, no queriendo dar pábulo a unos malos presagios que no tenían (si las musas se ponían de nuestra parte) por qué cumplirse. Y él parece que estuvo de acuerdo. (Ver arriba).

- ¿Y si no veías en el post-ir nada especial, a qué tanto interés — él — en hablar con ella de él?

- Pues porque me decía que ya podía ir pensando en otra cosa...

- ¿Y en qué estabas pensando? — Él.

- Pues ahí precisamente está el problema. En que según ella yo no debía decírtelo, ¿comprendes?

- Sí, si como tú dices es tan observadora...

- ¡Esa es Manolita!

- Vale.

- Que ya podía ir pensando en otra cosa porque, si lo que había pensado decirte que había encontrado en aquel sobre era...

- ¿Aquel sobre por el que discutimos? ¿Aquel de las frases enigmáticas por el que te eché la bronca por no haber mirado si tenía algo dentro?

- Aquel.

- ¿Y qué es lo habías pensado decirme y no podía saber Lola?

- Es que, te lo termino de decir — le digo —, ella me dijo que no debía decírtelo. Y, como es tan...

- ¡Esa es Manolita! — Él.

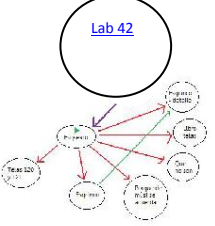


- Exacto — yo —; pero Lola no es tonta.

– Eso también lo sé. Lola no es tonta pero hay algo que ella no podía saber; pero, si no podía saberlo, ¿cómo lo podía saber?

– ¿El qué? — Yo

– Lo que tú habías encontrado dentro del sobre; supongo.

– No sé, no sé cómo; pero ella dijo que estaba claro como el agua que lo que yo pensaba decirte que había encontrado dentro del sobre era⁵... Esto:

<p>Lab 42</p>   <p>Que, ateniéndose a las normas del juego era un razonamiento — hiciéralo quien lo hiciese — enteramente sensato y, mi amigo, por una vez en la vida, se mostró enteramente de acuerdo conmigo y, en consecuencia, hubo de convenir también en que las casillas a las que hacían referencia los epígrafes contenidos en los círculos tenían que ser forzosamente las siguientes:</p>  <p>Y, habida cuenta de que encajaban a la perfección con el esquema, entendimos sin más complicación que la asignación nada más podía ser:</p>	<p>31 – Tejas 120 y 121 32 – Esquinco 33 – Porque de mí si se acuerda 34 – Que no son 35 – Libro de teatro 36 – Esquinco-detalle.</p>
--	---

⁵ Volví a rebuscar entre los papeles.

– Eso dijo, ¿eh? — dijo él, tomando un folio en cada mano y observándolos mientras, pensativo, inflaba los carrillos y dejaba escapar luego el aire emitiendo ese ruido que se puede parecer a una... ¿“pedorreta”, quizás?

– Pedorreta, sí — dijo, mirándome de soslayo y con los ojos algo entornados⁶ para, a continuación y tras emitir un pequeño suspiro, añadir —: puede servir.

Y, como no agregase nada más, entendí que el escollo estaba salvado; y que podía agarrar de nuevo el bolígrafo y seguir.

– Sí — continuó⁷ y, depositando de nuevo los folios sobre la mesa, con lentitud —: con tus evasivas, con tus idioteces... Seguir con tus pedorretas y con tus volutas y con tu Manolita y sus ojitos y con tu agarrarte de cualquier excusa, de cualquier pequeña trampa, por pueril que sea, para desviarte, para entretenerte, para demorar el tener que encarar la realidad, lo evidente, lo que como muy bien dices... porque, mira, en eso tienes razón, no habrías sabido mirar de frente y con valentía si no hubiera sido por... ¿Lola?

– No — repliqué con sarcasmo —; es Manolita.

– Vamos — él —, no te lo tomes así. Es Lola.

– ¡Es Manolita!

⁶ Por lo que, al objeto de evitar que volviese a regañarme, solté el bolígrafo.

⁷ Y consideré si debería en tal caso tachar los tres últimos renglones, pero opté por escribir.

Alcé tanto la voz que la camarera, que estaba unas mesas más allá recogiendo unos vasos, se giró, sonriente y con los ojos brillantes...

– Si — dijo, depositando la bandeja y caminando hacia nosotros si dejar de sonreír.

– ¡Vaya, pero si es verdad! — Y con un desparpajo para la improvisación que no he conocido jamás en nadie salvo en él —: Me lo estaba diciendo mi amigo, “es ella”, pero yo... ¿Y qué tal el recién nacido?

– Oh, no tan recién nacido; parece que fue ayer pero, como a esas edades cambian tan deprisa, ya está hecho un pequeño borreguito; bueno, borreguita...

– Ah, que es niña —Él.

– Sí — ella —, una borreguita preciosa que me tiene toda la tarde al filo de las lágrimas porque, como es el primer día que... Pero — y volvió a sonreír, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes — estoy tranquila porque su padre es un encanto que además la entiende de maravilla.

Y, como al alejarse ella en busca de unas cervezas lo mirase yo interrogante, rebuscó él, mi amigo, entre los papeles y, cuando encontró lo que buscaba, extendió los folios sobre el mármol y me pidió que por favor rodease la mesa y me colocara a su lado para mirarlos de frente.

(Ver abajo)



Versaciones de un chupaplumas

Con su encabezado y su todo de siempre

Página | 11

Versaciones de un chupaplumas

Por poner por caso

y aunque el "caso" en cuestión me resulte tan poquito excitante porque para ser sincero "a ti te gustaría, ¿a que sí?" — dice — algo de más emoción, algo con riesgo, algo que pusiera de manifiesto mis dotes o habilidades para algo grande.

Pero, entendiendo que — en nombre de eso mismo que, según veníamos de decir (no haría si es que a ti no le fallaba la memoria más de dos o tres semanas), en líneas generales admitiría sin ofrecer excesiva resistencia el calificativo de "principista" — más valía andarse con tiento y empujar sin demasiadas pretensiones y despacito, se hacía cargo perfectamente de cuál pudiera estar siendo mi punto de vista y aplaudía mi admirable modestia aumentando la humilde condición de hombrecillo gris mal trajeado y harto de judías con chorizo que, pudiendo haber llegado a ministro, se contentaba aunque fuese profundamente entristecido con ser un escritor mediocre aunque, me ofreció, si prefería ser alguna otra cosa...

— No — le contesté echando con disimulo una ojeadita a mi traje de corte impecable y a los gemelos que me regaló mi tía, no la del periquito sino mi tía Luisa; que en los puños de la camisa color azul claro quedaban muy bonitos —; escritor mediocre puede estar, para una primera toma de contacto con un mundo tan distinto del mío, bastante bien.

— Ya, pero — replicó — tampoco es del todo imprescindible quedarse con lo primero que el destino depara y si, ahora que estamos dando apenas los primeros pasos, tú crees que...

— No creo nada, de verdad — le aseguré —; y si bien es cierto que habo un tiempo, cuando era niño, que quería ser esto o lo otro, a día de hoy ser escritor mediocre colma, podría decirse, mis aspiraciones...

— ¿Estás seguro?

— Sí.

— ¿Del todo?

— Sí. De veras...

Versaciones de un chupaplumas

Por poner por caso

— ¿No te gustaría más, a lo mejor, ser piloto, o torero, o cantante de rock?

— No; no me veo.

— Bueno — y se encogió de hombros —; tú sabrás y allá tú con tus inquietudes y tus ilusiones y tus sueños. Pero si hay algo que, en fin, tú verás...

Pero que sería una lástima, en su opinión, dejar morir simplemente por tímidos o cobardías unas aptitudes que, tal vez...

♦

Y ahí, en ese *tal vez* y en esos tres puntos suspensivos hubiera podido quedar la cosa por aquel día — y por eso precisamente pues ese algo que se ve en el centro; para dar por cerrado el capítulo — dejando, un poco como en el aire y dando a la cosa un cierto aire de posibilidades latentes, como en embrión y que a saber qué imaginaria el lector que estaban prometiendo, la puerta abierta a unas posibilidades* que echo a perder por culpa de que se me había quedado entre ceja y ceja lo de las judías con chorizo.

Así que, cerrando ya prácticamente y a instancia de las miradas ansiosas que lanzaba la camarera — estaba embarazada y se la veía a la pobre cansada — al reloj la carpeta, no fui capaz de marcharme de allí rumiando no ya lo de "mal trajeado" que es algo que puede entrar en el terreno de lo subjetivo y, si a mi amigo mi traje no le gustaba, pues...; pero, lo de las judías con chorizo, lo de las judías con chorizo no era, de verdad, capaz de animarlo — y no porque no me gusten las judías con chorizo — ni con subjetividad, ni con objetividad, ni con...

Así que se lo dije.

— Oye, por cierto — que no era muy "por cierto" pero entendí que era una forma de encajar el resto de la frase mejor —, que lo del traje no me importa y puedo

* Otra vez, sí; posibilidades pero no latentes sino verdaderas.

Versaciones de un chupaplumas

Por poner por caso

dejarlo estar, ¿pero por qué estoy yo harto de judías con chorizo? — ¿Qué por qué estás harto de judías con chorizo?

— Sí, que no entiendo yo el...
— O sea — dice, encendiendo un nuevo cigarrillo con mucha pinta de estar arrojándose de muchísima paciencia — que quieras que te lo explique.
— Si — le contesto —, pero en la calle.
— ¡Hombre, no te lo lías a tomar tan a mal!
Le explico en voz baja que es que era tardo, y lo de la camarera y su embarazo, y que parece tener gana de que nos marchemos.
Dice "ah, bueno, eso ya es otra cosa" y que porque, que me acuerdo, habíamos hecho un trato.
— ¿Qué trato? — Yo.
Pues nuestro trato, hombre.
Y me largo, cuando ya estamos en la acera, que soy un hombrecillo gris y un escritor de medio pelo, y que no vendo una escoba y que paso más hambre que el perro de un circo, y que vivo en un cuchitril con gatera y que lo único que tengo es un camping gas en el que me caliento las manos en el crudo invierno y, muy de vez en cuando, el patinago con alguna lata que "bueno... concede mientras la camarera baja el cierre — puede también ser de lentejas o raviolis".
— Ah — contesto.
Y cuando la camarera ya se ha alejado me dice que pues no se le nota el embarazo.
Y que pero un tipo con imaginación y con recursos que aprenderá a encontrar, si no se deja ganar por el desánimo, sus portentosas capacidades para algo, muy, muy grande.

[clic para ampliar](#)